

## Un genio maldito

Emiliano Calcagno ha tenido la osadía de abordar la dramatización de los últimos días de uno de los personajes del mundo de la ciencia más controvertidos, fascinantes y, sin embargo, desconocidos de nuestra era. Me refiero a Nikola Tesla, físico, matemático, ingeniero eléctrico y célebre inventor, nacido en Smiljan (Croacia) en la frontera militar austrohúngara, formado en Graz, Praga y París, que desarrolló su sobresaliente carrera científica en Estados Unidos.

Entre nosotros, una exposición organizada por la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de la Universidad Politécnica de Madrid a finales del 2008 sobre su vida y su obra —titulada *Nikola Tesla, el hombre que iluminó al mundo*— ha intentado acercar al gran público una complejísima personalidad que el texto dramático de Emiliano trata de abarcar. Impregnado de cierta visión panteísta de la naturaleza pero también adicto a la poesía (arte que practicó desde siempre, gracias a la influencia de su padre, un pastor ortodoxo que le inculcó la llama de la literatura y una pasión mística que jamás le abandonó), Tesla se formuló hipótesis científicas visionarias. Algunas cristalizarían en inventos decisivos para la especie humana, otras se malograron por falta de financiamiento.

ción pero engendrarían una estela de interrogantes, aún no del todo despejados que alimentan su leyenda.

Y digo que la propuesta dramática es osada porque, a lo largo de ocho escenas y un epílogo, Calcagno nos presenta un espacio dramático partido en dos: la humilde habitación del hotel neoyorkino en el que Tesla pasó los últimos meses de su vida (su cacareada excentricidad radicaba en este gusto por vivir de hotel en hotel, huyendo de las abultadas cuentas que dejaba a su paso) y el restaurante propiedad de J. Pierpont Morgan, poderosísimo hombre de negocios de Wall Street y uno de sus mecenas más importantes, con quien come en animada charla, dando lugar a una jugosa conversación que se erige en columna vertebral del texto y sirve para dar un repaso a la azarosa vida del científico, plagada de datos biográficos verídicos.

Osadía cimentada en una desnudez que descansa en el diálogo y en el enfrentamiento de caracteres pero también en un peculiar dispositivo de ficción: me refiero a la enfermedad del *déjà vu* —inventada por nuestro autor— que provoca una disfunción espacio-temporal en el protagonista, obligándole a revivir situaciones pasadas o a adelantarse a otras futuras, que el científico trata de combatir con unas pastillas de elaboración propia, cuya ingesta se acelera a medida que avanza la pieza (provocándole un vertiginoso desfase cerebral, que le aboca a no distinguir ya individuos y situaciones) y crece el desasosiego de Tesla ante la imposibilidad de concluir el experimento —a medio camino entre la poesía y la ciencia ficción— que ha ocupado de forma intermitente las últimas décadas de su vida tras el estudio del Antiguo Testamento y el descubrimiento de unos versículos en los *Proverbios* de Salomón: ni más ni menos que la cristalización del ámbar gris, sustancia que retarda el envejecimiento y que puede llegar a granjear la inmortalidad, que Tesla pretende obtener a partir del estudio de un terrario con hormigas blancas en su habitación de hotel.

Una vez que lector y espectador aceptan dicha convención, el dispositivo ficcional permite saltos temporales y la superposición de los dos espacios dramáticos en la mente del protagonista, cuyos recuerdos son literalmente re-vivencias, alumbrando en carne y hueso al resto de los personajes de la pieza: el inventor Thomas Alva Edison y el escritor Mark Twain.

Edison sirve para dibujar la primera etapa de un Tesla recién llegado a Nueva York de París para trabajar en las compañías del primero, quien le contrató para mejorar sus diseños de generadores de corriente continua y con quien rompió tras inventar el motor de inducción de corriente alterna y descubrir que Edison usaba sus patentes en beneficio propio, además de negarle la suma prometida de cincuenta mil dólares como pago a sus servicios. Tesla trabajaría a continuación con Westinghouse, donde concibió el sistema polifásico para trasladar la electricidad a grandes distancias. En los experimentos que llevó a cabo durante nueve meses junto a las cataratas de Colorado, parece que llegó a transmitir energía sin cable a Pikes Peak y que sentó las bases del alumbrado eléctrico, descubriendo el alto poder conductivo de la ionosfera. También se adelantó a Guglielmo Marconi al conseguir en 1893 transmitir energía electromagnética sin cables, construyendo así el primer radio transmisor.

Tras sus experimentos en Colorado, Tesla publicó un sensacional artículo en *Century Magazine* donde explicaba detalladamente, adelantándose a su tiempo, cómo explotar la energía solar con una antena, sugería que era posible controlar el clima con energía eléctrica, hablaba de máquinas que impedirían la guerra y proponía un sistema global de comunicación sin cable, que permitiría enviar mensajes telefónicos al otro lado del Atlántico, emitir noticias, cotizaciones de bolsa e instrucciones de defensa militar a cualquier parte del mundo, convirtiendo el globo terráqueo en un «cerebro inmenso, capaz de responder a cada una de sus partes», como le aseguró al

potentado J. Pierpont Morgan —el gran antagonista del inventor en la pieza de Calcagno— quien terminaría ofreciéndole 150.000 dólares para construir una torre de transmisión y una planta de energía en los acantilados del estrecho de Long island, que Tesla denominó Wardenclyffe, donde alzó una imponente torre coronada por una cúpula de 150 toneladas de acero. Como observamos en la conversación con Morgan, este se negaría a seguirle financiando al descubrir que Marconi —un dato bien verídico— había conseguido transmitir al otro lado del océano la letra «s» con métodos más baratos utilizando diecisiete patentes de Tesla. Marconi se haría con el Premio Nobel en 1909 por su invención de la radio y Tesla se enzarzará en los últimos años de su vida en un largo y controvertido proceso judicial para reclamar la patente de dicha invención sin ningún resultado positivo. No obstante, en 1912, en los albores de la Primera Guerra Mundial, la inquieta mente de Tesla había inventado los principios de lo que hoy conocemos como radar enviando ondas radiofónicas de alta frecuencia a través de las aguas marinas que permitían detectar los cascos de los barcos que aparecían reflejados en una pantalla fluorescente.

Pero el «rayo de la muerte», concebido en 1934 cuando el espectro de la guerra se cernía de nuevo sobre Europa, es, sin duda, uno de los proyectos más polémicos de Tesla que, en el texto de Calcagno, Morgan se resiste a financiar como también sucedió en la realidad: supuestamente, dicho rayo concentraba partículas a través del aire con una energía tan tremenda que podía acabar con una flota de diez mil aviones enemigos a una distancia de 250 millas. A grandes rasgos, este original invento consistía en una cámara a la que se le había practicado el vacío con un extremo abierto a la atmósfera de cierre hermético. Una enorme turbina concebida por Tesla bombearía una corriente de aire a alta velocidad pero el sistema requería la construcción de una serie de plantas de

energía eléctrica a lo largo del litoral del país para escudriñar los cielos en busca de la aviación enemiga. Dado que el rayo estaba concebido para expandirse en línea recta, su radio de acción solo alcanzaría las 200 millas; es decir, la distancia de la curvatura del globo terráqueo.

Curiosamente, los intereses de Tesla eran antibélicos pues su nueva arma mortífera sería accesible a todos los países de forma que la posesión generalizada de dicha «cortina defensiva invisible» garantizaría la ausencia de enfrentamiento. Su utilización para tiempos de paz preveía también la transmisión sin cables de energía a larga distancia, generalizando el acceso a la misma y a muy bajo coste incluso a los países más pobres. La idea generó interés y controversia considerables, sobre todo porque los grandes potentados (como el propio Morgan) se alarmaron ante la posibilidad de perder el control de la distribución de la energía. Cuando en 1937 la guerra parecía inminente, Tesla envió a los principales países aliados (Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Unión Soviética y Yugoslavia), una documentación técnica muy elaborada bajo el título de «Nuevo Arte de proyectar energía dispersiva concentrada a través de medios naturales», con la primera descripción de lo que hoy conocemos como rayo de partículas (¿Tal vez desarrollado durante la «guerra fría» a partir del material de Tesla por Estados Unidos y la Unión Soviética? Ahí queda la pregunta).

Por lo que se refiere al otro gran personaje del texto, el escritor Mark Twain, constituye el contrapunto de Tesla: aventurero, seductor, dotado del don de inventar historias de ficción y de la poesía, cualidades todas que ejercen un enorme atractivo sobre el protagonista y que Calcagno ha concebido como supuestas causas de un posible amor platónico que jamás llegó a materializarse —aunque sobre ello no exista documentación alguna que lo ratifique— interpretando así la opacidad que el inventor se esmeró en imprimir a su vida sentimental.

Sin embargo, sí conocemos la desaparición de todos los documentos privados del inventor, inmediatamente después de la muerte de este en 1943. Sabemos que el FBI y otras agencias del gobierno de Estados Unidos estaban interesadas en todo lo relacionado al «rayo de la muerte» y que la mañana posterior al fallecimiento de Tesla, su sobrina Sava Kosanovic se dirigió a toda prisa a la habitación del Hotel The New Yorker donde vivía su tío. Ya se había producido el levantamiento del cadáver cuando llegó y los papeles que detallaban la mayor parte de sus últimas investigaciones, así como un cuaderno de notas de varios cientos de páginas con la etiqueta «Gobierno» en la cubierta, habían desaparecido.

P. E. Foxwoth, director adjunto de la oficina del FBI en Nueva York, aseguró que el gobierno estaba «vitalmente interesado» en conservar los papeles de Tesla. Al parecer, justo después de la Segunda Guerra Mundial, se enviaron copias de la documentación sobre el rayo de partículas a la base aérea de Patterson en Dayton, Ohio. Se puso en marcha una operación (con presupuesto millonario), codificada con el nombre de «Project Nick», bajo la dirección del brigadier general L. G. Craigie para comprobar la factibilidad de las ideas de Tesla. Jamás se publicó detalle alguno sobre los experimentos pero las copias de los documentos desaparecieron y nadie sabe qué paso con ellas, si bien es cierto que en 1952 los documentos restantes y todas las posesiones del inventor fueron devueltos a Sava Kosanovic y volvieron a Belgrado donde se creó un museo en honor del inventor.

En la pieza de Calcagno el fallecimiento del protagonista acaece por envenenamiento progresivo, el epílogo recoge la irrupción en la habitación de hotel del «Jefe del FBI» para apoderarse de unos papeles que consideran comprometidos sin caer en la cuenta de que en el terrario de hormigas blancas ya se encuentra la «piedra ámbar», portadora de la inmortalidad física, licencia literaria que deja una puerta abierta al eterno retorno, y alimenta la

leyenda de Nikola Tesla, uno de los personajes más fascinantes del siglo XX.

DANIEL SARASOLA